

El polémico libro del general Vannacci que ha removido Italia.

EL MUNDO AL REVÉS

TODOS CONTRA TODOS



ROBERTO VANNACCI

¿Qué sucede cuando las normas de convivencia se ven invertidas, cuando la minoría dicta las reglas y la mayoría se ve obligada a seguirlas?

SEKOTIA

ROBERTO VANNACCI

El mundo al revés
Todos contra todos

Traducción de Raquel Luque Benítez

SEKOTIA

Il mondo al contrario

© ROBERTO VANNACCI, 2024
© de la traducción, RAQUEL LUQUE BENÍTEZ, 2024
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: junio de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-19979-11-7
Depósito legal: CO-847-2024
Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*«Qué extraños estos italianos:
son tan quisquillosos que
siempre buscan tres pies
al gato. Y cuando los han
encontrado, buscan el cuarto
y tiran el gato».*

Benedetto Croce

A Elena y Michela

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO I. EL SENTIDO COMÚN.....	19
CAPÍTULO II. EL ECOLOGISMO.....	27
CAPÍTULO III. LA ENERGÍA.....	67
CAPÍTULO IV. LA SOCIEDAD MULTICULTURAL Y MULTIÉTNICA.....	89
CAPÍTULO V. LA SEGURIDAD Y LA LEGÍTIMA DEFENSA.....	123
CAPÍTULO VI. LA VIVIENDA	147
CAPÍTULO VII. LA FAMILIA	165
CAPÍTULO VIII. LA PATRIA	187
CAPÍTULO IX. EL PLANETA LGBTQ+++	203
CAPÍTULO X. LOS IMPUESTOS.....	247
CAPÍTULO XI. LA NUEVA CIUDAD.....	263
CAPÍTULO XII. EL ANIMALISMO	281
AGRADECIMIENTOS.....	299

Nota del autor

Esta obra representa una forma de libre expresión del pensamiento y pone de manifiesto las opiniones personales del autor. Por tanto, no interpreta posiciones institucionales o que puedan atribuirse a otras organizaciones del Estado o del Gobierno.

Su lectura está recomendada a un público adulto y maduro, capaz de comprender los temas propuestos sin desnaturalizarlos, interpretarlos parcialmente o sesgarlos, comprometiendo así su correcta expresión y sentido original.

El autor no se hará responsable de las posibles interpretaciones erróneas del texto y se desvincula, desde este mismo momento, de cualquier tipo de actos ilícitos que puedan derivarse del mismo.

INTRODUCCIÓN

El título dice mucho sobre el tenor y el contenido de este libro. De hecho, *El mundo al revés* quiere representar provocativamente el estado de ánimo de todos aquellos que, como yo, perciben en las situaciones cotidianas una tendencia general disonante y molesta que se desvía ampliamente de lo que percibimos como *sentimiento común*, como *lógica y racionalidad*. «¿Y qué tiene eso de extraño? —dirán ustedes—. Le ocurre a todo el mundo, y con bastante frecuencia». Pero la situación anómala está representada por el hecho de que este desagradable sentimiento de insuficiencia no se limita al control de acontecimientos concretos y específicos de nuestras vidas, ni a hechos trascendentales, por muy limitados que sean, sino que impregna nuestra existencia hasta el punto de que nos hacen sentir fuera de lugar, fuera de nuestro tiempo. Somos como alienígenas que deambulan por el presente con la impresión de no poder cambiar lo cotidiano y que viven en un entorno regido por hábitos, leyes y principios muy distintos de los que estaban acostumbrados.

Obviamente, el conflicto generacional siempre ha existido; las costumbres y los hábitos evolucionan, cambian, se adaptan, pero lo que yo percibo no es la perspectiva normal y diferente que existe entre las generaciones pasadas y las nuevas, sino que consiste más bien en un vuelco total de los valores y certezas con los que hemos crecido y por los que nos hemos esforzado en el trabajo, la educación, la familia, la sociedad... en definitiva, en la

vida. Pero lo más difícil de aceptar es el hecho de que, a menudo, la destrucción de lo que la mayoría entiende por *normalidad* está producida por las pequeñas y escasas minorías que anulan los sentimientos y las opiniones comunes de la mayoría mediante las mismas reglas cuestionables de inclusión y tolerancia impuestas por otras minorías.

Basta con abrir esa cerradura de seguridad de cinco puntos que una minoría de delincuentes nos obligó a instalar en la puerta de casa para entrar en una ciudad donde otra minoría de grafiteros maleducados emborriona muros y monumentos, y espera no toparse con una manifestación de otra minoría más que, para luchar contra un apocalipsis climático anunciado y contra las medidas ya tomadas y establecidas por la mayoría, bloquea el tráfico y crea malestar en toda la comunidad. En los debates solo se habla de derechos, sobre todo de los de las minorías: de los que afirman que no pueden encontrar trabajo y deben ser mantenidos por esa mayoría que se ha esforzado por encontrarlo; de los que biológicamente no pueden tener hijos, pero los exigen; de los que no tienen casa y, por eso, la okupan; de los que roban en el metro, pero reclaman el derecho a la *intimidación*.

Por otra parte, he añadido a esta obra el beneficio de la experiencia personal; la insólita y fascinante experiencia que he adquirido en lugares lejanos y abandonados, y en circunstancias en las que simples milésimas de segundo para tomar decisiones —a menudo drásticas— marcan la diferencia. He recorrido el mundo bajo las órdenes de hombres realmente especiales, pero no me refiero al mundo de las capitales y del progreso, sino a un mundo más oculto y desconocido: el pobre, abandonado, degradado e incluso peligroso, pero, al fin y al cabo, el mundo real. Ese mundo donde vive la mayoría de la población del planeta: unos siete mil millones de personas. De ellos, mil millones de afortunados ven la luz del día en lo que llamamos *Occidente*.

Ofrezco una perspectiva diferente, es decir, un sentimiento distinto ante muchas cuestiones y valores de referencia que se han

consolidado y corroborado resistiendo los impactos y fricciones de una vida al límite.

Pero mantener firmemente los pies en el mundo actual también supone zambullirnos en el pasado, pues esos siete mil millones de individuos viven, en general, en condiciones que recuerdan a aquellas a las que estaban acostumbrados nuestros abuelos, bisabuelos o tatarabuelos. Esas mismas situaciones, valores y realidades que, en nombre de una modernidad cada vez más apremiante e invasiva, están siendo borrados de un manotazo por quienes los consideran un inconveniente a la hora de afirmar nuevos principios y valores autodefinidos. Cuando todo comienza a fluir, cuando se cuestionan las certezas, cuando el orden de prioridades se transforma drásticamente, el pasado se vuelve engorroso y se define como anticuado, obsoleto, retrógrado e incluso inútil; desde luego, no apto para proporcionar un punto de referencia. Las tradiciones no cuentan, los hábitos son perjudiciales, las costumbres son un molesto incordio, la civilización se vuelve mutable y los recuerdos se convierten en una nostálgica parafernalia.

Son muchos los que han intentado borrar el pasado para crear un mundo nuevo, utilizando, a menudo, métodos crueles y despiadados. Pol Pot y la dictadura de los *Jemeres Rojos* representan uno de los intentos de erradicación de la historia más modernos y que todavía hoy tiene una gran influencia, aunque afortunadamente salió mal. Sin embargo, la situación que estamos presenciando en la actualidad usa métodos diferentes, pero comparte un propósito similar. ¿Acaso el lavado de cerebro al que nos someten a diario para que lo excepcional se convierta en lo normal y promover la eliminación de todas las diferencias entre hombres y mujeres, entre etnias (por no llamarlas *razas*), entre parejas heterosexuales y homosexuales, entre okupas y propietarios legales, entre mercedores y oportunistas... no tiene como objetivo cambiar valores y principios que se pierden con el paso del tiempo?

¿No supone un intento de reescribir la historia el bombardeo mediático que cuestiona las fábulas y los cuentos de hadas, y que, de manera absurda, los querría reformular en clave *inclu-*

siva? ¿O el torpe experimento de castrar el lenguaje y las expresiones de nuestra milenaria lengua para convertirlas en *asexuales*? ¿Y aquellos que, después de siglos de reorganización, saneamiento, infraestructuras y obras faraónicas para conquistar la tierra, el espacio y la salud, quieren volver a los pantanos y a las zonas abandonadas, quieren abandonarse a su suerte... no suponen también un desprecio por todas las experiencias pasadas? Por no hablar de los muchos que, considerándose ciudadanos de un mundo universal y portadores de valores inalienables, quieren borrar fronteras, lindes, Estados, cultura, civilizaciones e incluso la patria por la cual se sacrificaron millones de nuestros familiares y predecesores.

Este es el *mundo al revés* que nos presentan como una evolución natural, inevitable y progresiva del universo a la que no podemos oponernos, pues acabaríamos en la marginación, discriminación y, para los más reincidentes y tenaces, en la cárcel. La libertad de expresión y de opinión se aplica según un principio de geometría variable que permite apoyar legítimamente el terraplanismo pero que demoniza las manifestaciones de disconformidad hacia el pensamiento colectivo. La actitud crítica hacia lo nuevo que avanza ya no se sostiene con una argumentación normal, sino que se presenta como la consecuencia de miedos irracionales, nocivos y patológicos: ¡como una fobia! Lo más asombroso es comprobar que las mismas minorías que apoyan este transformismo abominable son las que prevarican y someten a las masas con métodos sangrientos y dictatoriales que van de la censura a la humillación mediática, de la evasión de los informativos a la exigencia de que los poderes públicos se ocupen de las opiniones, pensamientos, juicios, preferencias o predilecciones.

Un auténtico asalto a la normalidad que, en nombre de las minorías que no encajan en esta realidad, debe ser destruida, abolida y descalificada, garantizando que todo lo excluido prevalezca sobre la norma general y sobre el consenso.

Yo, por mi parte, desconozco la verdad absoluta. Creo que es muy difícil encontrar a alguien que sí la conozca. Pero uno de

los propósitos de este libro es el triunfo de la sabiduría y de las verdades objetivas, aquellas sustentadas en datos, y no en predicciones; en hechos, y no en sentimientos; en la realidad, y no en la percepción de la misma. También es dar voz a una mayoría silenciosa que no se expresa, que quizás ya no le apetece hacerlo, que no encuentra la manera de proclamar sus opiniones y que, con mucha frecuencia, se ve abrumada por quienes no son mayoría. No quiero erigirme en portavoz de la colectividad —no tengo las aptitudes ni la autoridad para hacerlo—, pero creo que esa multitud dominante y silenciosa se reconocerá en los temas que expongo.

Los asuntos que abordo ya los han tratado autores consagrados y, precisamente por eso, la idea es ilustrarlos con un estilo sencillo y de forma anecdótica, con una actitud sincera y con *buen criterio*, entendiendo esto último como «sentido común», al que —no por casualidad— dedico el primer capítulo de este libro.

CAPÍTULO I. EL SENTIDO COMÚN

El *sentido común* representa el concepto fundamental de esta obra. Lo primero que el lector podría preguntarse al ver el título podría ser: «Sentido común, ¿respecto a qué?». Respecto al buen criterio, al sentimiento común, a la tan odiada *normalidad* que se opone a la ya extrema percepción subjetiva del juicio y de la realidad. Incluso la palabra *normalidad* ha adquirido un significado negativo, *exclusivo*, es decir, que excluye todo lo que no puede considerarse *normal* precisamente porque, si todo depende de mí —y solo de mí—, ¿por qué debería someterme a los cánones de la normalidad y a los parámetros del sentido común?

Conectarlo todo con uno mismo es una de las características de los tiempos modernos que probablemente dieron sus primeros pasos cuando Descartes pronunció el fatídico anatema: «Cogito, ergo sum». Desde entonces, y cada vez más, nos hemos acostumbrado a relacionar cada faceta de la realidad con nuestras percepciones y pensamientos. No es que esta tendencia sea incorrecta o reprochable; de hecho, ha favorecido el progreso, la evolución y desarrollo del sentido crítico, pero se vuelve difícil de sostener cuando nos referimos única y exclusivamente a nosotros mismos sin tener en cuenta a nadie más, a los que nos precedieron, a la sociedad, a la mayoría... y cuestionamos incluso lo que debería considerarse de manera evidente como un *logro* de la sociedad.

La Tierra, pues, vuelve a ser plana; la NASA ha montado un teatro espacial para hacernos creer que el hombre caminó sobre la superficie de la luna; las vacunas se convierten en vectores de microchips para controlar nuestra existencia en el sentido orwelliano; el virus covid no existe; los gallos, de vez en cuando, son los que ponen huevos, y no importa si soy un hombre barbudo, musculoso y de piel aceitunada, pues, dado que me siento como una mujer rubia, delgada y necesitada de protección, todos deben identificarme de esta manera y, sobre todo, mis documentos de identidad. ¡Y cuidado con excluir a alguien! La exclusión se convierte en un delito procesable por la ley. Por tanto, cuestionar lo que alguien percibe como realidad —aunque a otros les cueste percibirla como tal, y en especial si tiene que ver con temas tan queridos por la sociedad moderna como el sexo, la etnia, la obesidad y el mérito—, ya no solo indica una posible falta de sensibilidad y tacto, sino que se vuelve casi ilegítimo. Cuando la penalización por el desacuerdo y la limitación de la libertad de expresión de las propias opiniones fracasan en términos jurídicos, entonces la censura se propaga mediante los medios de comunicación que, al reemplazar arbitrariamente el orden establecido, oscurecen, perturban y purgan cada frase que se considere inapropiada. Las redes sociales comenzaron esta tiránica tendencia con Facebook (ahora muy activo tratando de eliminar desacertados perfiles) y Twitter, que veta a Trump, nada menos que al presidente de los Estados Unidos de América. Pero en todos los ámbitos se sigue una técnica con precisión de relojería: se controla continuamente la corrección ideológica y, cuando se vislumbra el más mínimo margen de violación, se interviene con la censura y con listas de proscipciones cuyos objetivos son, por ejemplo, silenciar a los *putinianos*, burlarse de los negacionistas del modelo *green*, tildar de homófobos y racistas a los antisistemas que se oponen a la inmigración sin control, tratar como retrógrados a los defensores de la familia tradicional, e impedir a los ministros presentar una obra en la feria del libro. Cuando en los tribunales no logran ponerse de acuerdo, son los medios de comunicación los

que deciden quién tiene derecho a expresarse y quién, por el contrario, debe permanecer en silencio y sufrir.

La llamada *corrección política* penetra en todas las esferas y en todas las situaciones. En nombre de la más exhaustiva inclusividad, debemos evitar cualquier actitud que pueda crear una *percepción de desventaja* hacia ciertas categorías de personas (normalmente minorías dentro de la sociedad), pues pueden tacharnos de instigadores del odio, racistas, homófobos, conservadores y, por tanto, antisociales peligrosos.

Ya no podemos llamarnos *papá/mamá* porque podríamos ofender a los que no lo son. Así nacen los conceptos *Progenitor 1* y *Progenitor 2*, y el problema está resuelto. Según las reflexivas indicaciones de la Unión Europea, no es apropiado desear una *Feliz Navidad*, porque hay quienes no celebran el nacimiento de Cristo. Mucho mejor son las *Felices fiestas*, que satisfacen a todos. Dirigirse a *damas y caballeros* en público se vuelve discriminatorio, porque si alguien no se percibiera incluido en estas dos categorías, aunque sean biológicamente exhaustivas, se sentiría marginado y ridiculizado. El soldado debe ser también *soldada*, el chófer se tiñe de rosa convirtiéndose en *choferesa*, y el coronel también tiene que dimitir, él también tendrá su *alter ego* femenino porque también (y sobre todo) nuestro melódico y antiguo idioma es *sexista*.

Una pena que nadie haya intentado hacer de la guardia *el guardia*, de la brigada *el brigado*, o de la policía *el policío*... Pero la verdad es que el varón es el agresor, el de la cultura androcéntrica, el déspota que ha dominado con fuerza durante años... ¡Es él a quien hay que combatir!

Tenemos a varios políticos e intelectuales que han luchado implacables por esta estupidez sin sentido, pero que se han beneficiado plenamente de la repercusión y el clamor que surge de lo absurdo y de la minoría. Sí, porque también gracias a ese periodismo absurdo y a los canales informativos que buscan exclusividad, solo destaca lo anómalo, como el caso de un hombre que mordió al perro y todas las noticias se hicieron eco.

Pero privilegiar siempre la opinión de la minoría, el comportamiento discrepante, las opiniones obligatoriamente opuestas... ¿no nos lleva a representar un país diferente de la realidad? Quizá un país más interesante, entretenido y aparentemente moderno, pero sin duda menos auténtico. ¿Seguro que los italianos no duermen por las noches ante la idea de feminizar todas las profesiones y títulos? ¿Seguro que les persiguen las pesadillas ante la problemática de los baños públicos para las personas transgénero? ¿Y cuánto les preocupa la polémica sobre la despiadada protección de los jabalíes que han invadido nuestras ciudades? Es cierto, un país es más democrático cuanto más respeta y protege a las minorías, pero dejemos de exagerar las cosas. Y es que, paradójicamente, hoy en día asistimos al abuso de las minorías sobre el resto de la sociedad.

Otro factor que no es en absoluto excluyente es que, contrariamente a lo que podría pensarse y como complemento a los ejemplos que he mencionado antes, la percepción subjetiva no se limita a algunos sectores estrictamente ligados a lo personal, a lo íntimo y al ámbito que podría considerarse *privado*, sino que impregnan todos los ambientes. La democracia y la justicia, por ejemplo, son buenas siempre que estén de acuerdo con mis ideas; cuando difieren, entonces hay que combatirlos.

Y así es como, incluso en los recientes debates que siguieron a las votaciones, ha aparecido el fantasma del «partido de los que se abstuvieron», a través del cual se ha apoyado la deslegitimación de quienes ganaron claramente las elecciones.

Por su parte, los detractores argumentan que no es la mayoría real del país la que se expresó en las urnas, sino solo la mayoría de los que acudieron a votar y que, por tanto, los resultados del sufragio deben ser cuestionados.

Tienen toda la razón, y también es cierto que quienes renuncian, por algún motivo (motivo respetado conforme al principio de libertad), a hacer uso del derecho de voto, conseguido tras siglos de lucha, saben muy bien que delegan deliberadamente la responsabilidad y titularidad de las decisiones en quienes, en

cambio, sí que ejercen ese derecho. Tal y como sostenía Ralph Nader, «si no nos ocupamos de la política, la política se ocupará de nosotros».

Ni siquiera la justicia escapa a la lógica de la relatividad más subjetiva. Aquel que ocupa ilegalmente una vivienda, pese a que viola diversas disposiciones de nuestros códigos, sigue siendo titular de derechos y puede establecer su residencia de la misma manera que quien compró o alquiló esa misma vivienda tras años de sacrificios y privaciones¹. Poco importa si esta ocupación abusiva priva a una familia que, por el contrario, ha respetado con diligencia las reglas y ha permanecido durante años en una lista a la espera de recibir una vivienda social. Sin embargo, los que se dedican a la desobediencia civil, a la okupación en el Grande Raccordo Anulare² o a la desfiguración de obras de arte y edificios gubernamentales deben ser igualmente defendidos, pues ejercen su derecho a discrepar, a pesar de los perjuicios causados a la comunidad, los delitos cometidos y los costos de devolver las propiedades a su estado original. Poco importa la prevaricación de las libertades ajenas, ¡si importara, no estaríamos bajo una auténtica democracia!

Quien viole a una joven en nuestras playas debe disfrutar del beneficio y el atenuante de la ignorancia porque, dado que procede de un país remoto y lejano, a pesar de haber planificado su viaje al detalle y de tener un *smartphone* que le permite explorar las calas más secretas de la costa, puede que desconozca que, en Italia, la violación es un delito atroz, cruel e intolerable³.

1 *Residencia para okupas: lo que cambia tras la directiva de Gualtieri* (romatoday.it).

2 *Grande Raccordo Anulare, GRA o Autopista A90 es el anillo periférico de Roma; tiene 68 kilómetros de longitud y rodea por completo la capital italiana [N. de la T].*

3 «No podemos pretender que un africano sepa que en Italia, en una playa, no se puede violar. Seguramente no conoce esta regla». Declaración de Carmen Di Genio, abogada y miembro de la Comisión de Igualdad de Oportunidades del Tribunal de Apelación de Salerno».

Quienes dicen sentirse ofendidos por la presencia del crucifijo en las aulas de las escuelas públicas en un país donde el 75% de la población se profesa católica y la religión representa no solo una fe, sino —y sobre todo— una institución cultural que impregna cada rincón de nuestras calles y ciudades, se sienten con derecho a exigir que se retire.

Todo. Cualquier acontecimiento y circunstancia se pone en tela de juicio partiendo de la consideración de que una normalidad, un código, un maldito sentido común ya no debería existir en un país moderno y progresista.

El sentido común, por tanto, es la clave para abordar los numerosos problemas que afligen a nuestro país, para despejar la mente de interpretaciones cuestionables y sectoriales, y para volver a lo fundamental, a conceptos simples y claros que deben constituir el tejido conectivo de la vida civilizada. Conceptos democráticos e igualitarios, como el de la mayoría que decide y la minoría que, por respeto, se adapta; la libertad de opinión y de expresión (en todas sus formas), que nos permite expresar nuestros puntos de vista, por muy incómodos que sean, sin que por ello se nos censure, se nos oculte en las redes sociales o se nos incluya en odiosas listas de proscritos, o la legalidad, que prevalece sobre cualquier percepción subjetiva y extensiva del derecho.

Y es el mismo sentido común el que nos permite desenterrar ideas y expresiones que nos parecían naturales hace unos años, y que nuestros padres y abuelos nos decían continuamente incluso cuando éramos muy pequeños. «Primero el deber y después el placer», «tu libertad acaba donde empieza la del otro», «si te quedas en casa, tendrás que estudiar o trabajar», «el profesor tiene razón», «si no encuentras trabajo, acabarás debajo de un puente»... esas expresiones han quedado obsoletas, chirrían y

https://www.ansa.it/campania/notizie/2017/09/16/carmen-di-genio-gliimmigrati-non-sanno-che-non-devono-violentare_da862c57-2418-4a32-a651-36d26812c9ad.html.

rechinan como una verja herrumbrosa, y como los conceptos de *deber, servicio, compromiso, patria, sacrificio, humildad, mérito...* todos sustituidos por el pensamiento plenipotenciario del *derecho a tener derechos*.

CAPÍTULO II. EL ECOLOGISMO

«Contra Verbosos Noli Contendere Verbis: Sermo Datur Cunctis, Animi Sapientia Paucis. (Contra charlatanes no quieras discutir con palabras: el hablar les es dado a todos, la sabiduría de espíritu a pocos)».

Marco Porcio Catone (el mismo que pronunció la frase:
Carthago Delenda Est).

En un mundo al revés, todos los ámbitos están patas arriba y las cuestiones más importantes para la sociedad, como el respeto a la naturaleza y al medio ambiente, sufren a diario exageraciones y distorsiones que las transforman de ser necesidades fundamentales para el bienestar y prosperidad de la humanidad a auténticas religiones extremistas, absolutas y autorreferenciales.

En lugar de centrarnos en los resultados que queremos obtener, en su viabilidad y en si son adecuados o no, la tendencia es abrazar vertientes ideológicas e identitarias enamorándonos de ellas y desafiando la evidencia para perseguir ideas extravagantes que nos califican aparentemente de inclusivos, ecologistas, animalistas, progresistas y modernos. El ecologismo de moda (el de Greta, los activistas y el de La Última Generación) aviva el miedo ante la extinción de especies y ante un apocalipsis global para

empujarnos a adoptar medidas cuestionables sobre los efectos que tendrán en la evolución del planeta, pero que, sin duda, conducirán a una degradación del bienestar actual en nombre de un futuro que desconocemos.

«Me habéis robado los sueños», grita la adolescente escandinava, ídolo de miles de jóvenes exaltados. No voy a centrarme en las representaciones oníricas, pero ese *despreciado progreso industrial* te ha garantizado el despertar y un presente más que confortable. Gracias a él, naciste en un hospital, reduciendo la mortalidad infantil a cifras irrisorias; te hizo crecer en una casa equipada con todas las comodidades, permitiéndote desarrollar otras habilidades que no están relacionadas con la mera supervivencia; te permitió una educación, gracias a las miles de personas que se esforzaron por conseguirlo, y permitió difundir tu despectivo mensaje hacia quienes hicieron posible todo esto, a través de esos medios de comunicación que siguen emitiendo esas subestimadas toneladas de CO₂⁴.

En cambio, el ecologismo pragmático (el auténtico) estudia las relaciones entre la humanidad y el medioambiente entendidas como un ecosistema necesario para sustentar la vida y aumentar el bienestar humano. Considerar el medioambiente como un sistema aislado e independiente que debe preservarse a toda costa no tiene sentido ni finalidad alguna. Sin embargo, este último punto de vista es difícil de comprender. Si quisiéramos preservar el medioambiente en su esencia, como la madre naturaleza lo concibió, entonces deberíamos renunciar a luchar contra la viruela —un elemento natural—; deberíamos abandonar las técnicas de riego, pues hacen que los cursos de los ríos que naturalmente discurren por los valles se desvíen, y deberíamos detestar los asentamientos urbanos, porque alteran de forma irreversible

4 *Medio ambiente: los correos electrónicos contaminan como los coches o los vuelos de París a Nueva York*, Focus.it.

¿Cuánto contamina un correo electrónico?, Energit.

Cuánto contamina nuestra vida digital y qué podemos hacer, *Il Sole 24 ORE*.

el ecosistema original. Sin llegar a estas representaciones extremas, los actuales ecologistas se han transformado en monjes fundamentalistas que predicán formas de vida ascéticas y que anhelan —teniendo en cuenta sus declaraciones—, volver a la idea del buen salvaje. Repudian el bienestar producido por el progreso y volverían a vivir felizmente en ósmosis con la naturaleza, como todos los demás seres de la creación. Una visión idílica, distorsionada y engañosa de lo que, en cambio, es una realidad mucho más cruda y violenta. Un enfoque que ha cautivado a muchos seguidores que rinden culto a la naturaleza y la observan desde sus cómodas habitaciones climatizadas; desde sus vehículos, que permiten viajar de forma segura y rápida; consumiendo un humeante té en un lujoso bar del centro mientras, conectados *online* con otros fundamentalistas del ecosistema, planifican la próxima manifestación que —aunque genere malestar— deberá despertar las conciencias del resto de esa malvada humanidad a la que no le importa nuestro mundo.

El propio mundo es interpretado según una visión manipulada de la realidad que opone la naturaleza a un hombre que, en cambio, representa *a priori* la esencia del mal. El universo, sin embargo, responde a principios muy diferentes. Las manifestaciones naturales más violentas y destructivas existían mucho antes de la aparición del *sapiens*. El estudio de la Tierra revela que fueron de una brutalidad sin precedentes. En los últimos 500 millones de años, ha habido cinco transformaciones totales del ecosistema terrestre que han provocado la desaparición de un gran número de seres vivos y la supervivencia únicamente de las especies consideradas *dominantes*, es decir, capaces de resistir y adaptarse al nuevo hábitat.

Pero, en realidad, a la naturaleza le trae sin cuidado el bien y el mal. Estos dos principios regulan la vida humana y son la base de las religiones, la filosofía, la teología y la moral, pero no existen en el universo. El mundo es un caos irracional, un desorden, una entropía, una sucesión excitada de acontecimientos catastróficos, vacío, temperaturas extremas, fuerzas inconmensurable y,

sinceramente, no queremos complicarnos la vida hablando también de ética. Los dualismos hombre/naturaleza, bien/mal, artificial/natural deben superarse centrándonos en el desconcertante pero simple hecho de que el hombre es *uno* con el medio que lo rodea, es parte de él, está íntima e inevitablemente conectado. Precisamente de esta consideración nació la útil y productiva conciencia ecologista pragmática, junto con la conciencia de que un desarrollo cada vez más avanzado de la raza humana no es posible sin el respeto de un entorno natural que le ofrezca el apoyo indispensable.

El hombre no tiene impulsos adversos contra la naturaleza, sino que, como cualquier otro ser que lucha en el entorno diaria y continuamente por su supervivencia, intenta crearse las condiciones de vida más prósperas en perjuicio, muchas veces, de lo que le rodea. El error del hombre es el de ser la especie dominante de los últimos 50 mil años y haber adquirido una capacidad de supervivencia y adaptación infinitamente superiores a las de otras especies⁵.

De la misma manera, la naturaleza no tiene impulsos humanos ni sentimientos. El león no es malo porque despedace a la gacela. La Tierra no nos desea ningún mal porque nos envuelva en lava tras la erupción de un volcán. No se puede atribuir (muy humanamente) una subjetividad jurídica a la naturaleza y afirmar —como se ha añadido recientemente en la Constitución de Ecuador— que «la naturaleza tiene derecho a existir, persistir, mantenerse, regenerarse a través de sus propios ciclos de vida, su propia estructura, sus propias funciones y sus propios procesos evolutivos». Pero más allá del aparente encanto y belleza de la frase, ¿qué quiere decir? Si el cosmos, el sistema natural por excelencia, nos envía un hermoso meteorito que, al ser un producto natural y, por tanto, una entidad jurídica, tiene derecho a

5 *La afirmación es puramente indicativa y va más allá de consideraciones relativas a microorganismos, virus, bacterias y del mundo vegetal.*

impactar libremente contra la superficie terrestre, ¿debemos respetar esta prerrogativa ecológica? Si el Etna entra en erupción y su corriente de lava se dirige hacia Catania, ¿debemos abstenernos de cualquier intento de desviarla para no perjudicar un proceso evolutivo natural del medioambiente, puesto que, como sujeto jurídico, tiene sus derechos inalienables? Que la naturaleza evoluciona es un hecho inexorable, no un derecho. Parte de esta evolución la constituye el hombre, que es *uno* con la Tierra, y el hecho de que los *sapiens* traten de doblegar y adaptar las leyes físicas en su propio beneficio es la base del progreso humano y social.

Contrariamente a lo que afirman los talibanes sobre el ecologismo, no tenemos que salvar el planeta. Aun sin ser científicos, sabemos que las acciones del hombre, especialmente las de los últimos 200 años, tienen sin duda un impacto significativo sobre la Tierra, pero la larguísima historia que nos precede, hecha de apocalipsis y acontecimientos desastrosos y terriblemente violentos, nos muestra con claridad que la madre naturaleza sigue adelante de todos modos. No es la Tierra la que necesita salvarse. La Tierra se salva a sí misma sin importarle lo que le ocurre a la humanidad. La Tierra ya ha pasado por esto decenas de veces, y estudios recientes han demostrado que los casquetes polares ya se derritieron hace unos 100 millones de años, al final del período cretácico, solo que, en la mente distorsionada de algún ecologista dominguero, el cataclismo del Cretácico fue natural y, por tanto, *bueno* a pesar de todo.

¡Somos nosotros los que debemos salvarnos! Es la humanidad la que debe encontrar la forma de seguir viviendo en simbiosis con el entorno que le rodea, aprovechando al máximo todos los recursos disponibles para seguir, con el tiempo, mejorando continuamente su propio bienestar. Por muy cínica y utilitarista que pueda parecer esta consideración, la humanidad debe seguir evolucionando, progresando y sacando partido, a la vez que preservando todo aquello que hace esto posible. Debe adaptarse —como lo ha hecho siempre— a la evolución de un planeta que en los últimos 50 mil años ha incorporado a sus transformaciones los cam-

bios provocados por la acción humana. Considerar la acción del hombre como ajena a la evolución del planeta es un abstraccionismo hermético e irracional que nos devolvería a la lucha entre el bien y el mal, algo de lo que los sistemas físicos y naturales están al margen.

Ahora bien, lo que debemos hacer es asumir la impresionante aceleración que la acción humana ha provocado en los últimos 200 años en la evolución del medioambiente, pero el paradigma no cambia, es solo una cuestión de tiempo y velocidad. El clima siempre ha cambiado, desde el origen de la Tierra, y todos los seres vivos se han adaptado a estos cambios o se han extinguido. El clima seguirá cambiando, todos lo sabemos, basta con abrir los ojos: los rusos están invirtiendo cientos de miles de millones en infraestructuras para mejorar las rutas marítimas polares, las que antes permanecían bloqueadas por el hielo durante seis meses al año. El futuro comercio de las economías asiáticas se expandirá allí donde antes los osos polares cazaban focas⁶. Si la velocidad del cambio climático se dispara, como parece que ha ocurrido en los últimos cincuenta años, también debemos acelerar nuestra capacidad de adaptación con medidas inmediatas y concretas que produzcan efectos igualmente rápidos. Sobre todo porque, si hemos tardado 150 años en aumentar la temperatura planetaria en 1,3 grados con las emisiones de gases de efecto invernadero, necesitaremos, al menos, el mismo tiempo para poder apreciar los efectos beneficiosos de su eventual reducción, suponiendo que sea posible, en las actuales condiciones generales que experimentan cinco mil millones de personas que anhelan el desarrollo social, económico e industrial. Es mucho más urgente, por tanto, adaptarse a los cambios y proceder al mismo tiempo con todas aquellas acciones de mitigación que, sin devolvernos a la época

6 *Geopolítica de las rutas del Norte*, ISPI - Instituto para los Estudios Políticos Internacionales (ispionline.it).

preindustrial o reducirnos a la pobreza, nos permitirán salvar gradualmente aquellas toneladas de CO₂ tan criticadas.

Las precipitaciones, por ejemplo, puede considerarse casi una constante en el año solar, lo que ha cambiado es el lapso en el que ocurren: antes se repartían prácticamente de manera uniforme; ahora, tras meses de sequía, cae en 96 horas el agua que antes caía en seis meses. Esto lleva ocurriendo al menos desde hace unos veinte años, pero no se han construido los embalses para retener el agua de lluvia ni las presas para regular el caudal de los ríos y arroyos. El agua que ha arrastrado coches e inundado campos en la región de Emilia-Romaña podría haber salvado a las ciudades, los cultivos, el ganado y los agricultores del riesgo de sequía en períodos de intenso calor. En lugar de pensar en las desalinizadoras, que consumen muchísima energía, los embalses representan el huevo de Colón para mitigar la inevitable alternancia de inundaciones y sequías, además de que permiten, en determinadas condiciones, la producción de energía limpia. Pero todos los proyectos se ven obstaculizados por los verdes, los ecologistas, los amantes de los animales, los ecoansiosos, los progresistas, los defensores de las truchas y de las anguilas, los protectores de las nutrias y los fanáticos de la ley de restauración de la naturaleza, tan querida por Timmermans, a quien le gustaría destruir las presas para dar vía libre al salmón y a la lamprea.

La presa del Vetto, cerca de la ciudad Reggio Emilia, es un ejemplo eminente y muy claro de lo que acabamos de comentar: un proyecto de los años ochenta que nunca se completó. En 1988 comenzaron las primeras obras con el objetivo de crear una reserva de agua de cien millones de metros cúbicos, esencial para el estratégico sector agrícola de la zona, cuna del queso Parmigiano y de muchos otros productos DOP que se exportan a todo el mundo. El objetivo era proteger de las inundaciones a las localidades situadas río abajo, además de producir energía hidroeléctrica *limpia*. Después de treinta y cinco años e innumerables reclamaciones, boicots, piquetes y sentadas de los ecologistas en defensa de las nutrias, las garduñas, los sapos e insectos

varios, no se ha hecho nada. No fue hasta el pasado mes de abril cuando Enrico Ottolini, líder del grupo Europa Verde, reiteró su *no* a la obra que solucionaría el problema de la sequía en la industrial región de Emilia. Cabe mencionar que la presa retendría la excelente agua potable que baja de los Apeninos y que ahora se vierte al mar, impidiendo así que la misma cantidad de agua se extraiga *antiecológicamente* de profundidades cada vez mayores de la capa freática o se bombee del río Po, cada vez más contaminado y exánime.

Otras obras inacabadas pueden ser la presa de Melito, en Calabria, o la presa de Gibbesi, en Sicilia, entre otras muchas infraestructuras hidráulicas cuya construcción ha sido paralizada por la intervención de una multitud de ecologistas domingueros con posiciones intransigentes, ideológicas, irreales y contraproducentes para el medioambiente. La Asociación Nacional italiana para la Gestión de Cuencas afirma que, solo en el sur —una zona bastante calurosa y seca— hay unas treinta obras hidráulicas que han sido víctimas de la ideología ecologista.

En 2018, en el hermoso valle de Fiemme, en la provincia de Trentino, ráfagas de viento de hasta 190 km/h arrancaron más de dos millones de metros cúbicos de árboles en apenas unas horas. Ocurrió lo mismo pero a menor escala el pasado mes de julio, donde cientos de árboles volaron por los aires en la región de Cadore y en la provincia de Belluno. En Roma, cada vez son más frecuentes que los altísimos y frondosos pinos marítimos caigan sobre los tejados y los coches aparcados debido a la fuerza de la naturaleza, que no ha dejado de aumentar en los últimos años. Las tormentas que tuvieron lugar el 25 de julio en el norte de Italia causaron gravísimos daños a viviendas y vehículos, además de la muerte de cuatro personas, también debido a la caída de numerosos árboles de gran tamaño en las calles y centro de Milán y de otras muchas ciudades. Pero con estas condiciones que se están dando desde hace años, ¿tiene sentido seguir plantando árboles altos a lo largo de las calles de las ciudades? Plantemos adelfas, naranjos silvestres, pequeños árboles, plantas y arbustos,

pero evitemos los árboles más grandes, esos que pueden superar incluso los treinta metros de altura, los cedros del Líbano, los plataneros, los robles rojos o las plantas gigantes que, cuando son arrancadas de raíz, provocan tragedias y desorden. Sin embargo, en lugar de eso, el alcalde Sala lanza la iniciativa «forestaMi», con el objetivo de plantar tres millones de árboles altos, y no solo en los parques, sino también en todas las calles de la ciudad. ¡Muy buena adaptación al cambio climático!

Si llevamos años superando o acercándonos a los cuarenta grados en verano, no hace falta ser un genio para darse cuenta de que, en muchas situaciones, es mejor trabajar de noche. Serví en Irak durante casi dos años y, en los meses de verano, cuando las temperaturas superaban los cincuenta grados a la sombra y cuando nos quemábamos al tocar el rifle con las manos desnudas, las fuerzas militares iraquíes que entrenábamos llevaban a cabo las actividades al aire libre de cuatro a nueve de la mañana. Las clases teóricas se impartían en salas climatizadas durante algunas horas más, y el resto del día se dedicaba al descanso. En los países mediterráneos podríamos habernos organizado estructuralmente hace mucho tiempo para permitir este aplazamiento del horario laboral en verano, y dejar de quejarnos cada temporada porque «es imposible trabajar con tanta calor». Nuestros abuelos, sobre todo en el sur del país, bajaban las persianas de una a cinco de la tarde y se permitían una *siesta*, pero vivían en contacto con la naturaleza y, tal vez, precisamente por eso eran mucho más sabios que nosotros.

La mayoría de las casas en Italia construidas antes de los años cincuenta tenían un gran espacio abuhardillado que mejoraba el aislamiento térmico y favorecía la ventilación. Si, hambrientos de espacio y ávidos de dinero, hemos convertido esas habitaciones en áticos habitables gracias a proyectos de «rehabilitación de áticos», ahora no podemos quejarnos por pasar frío en invierno y asarnos en verano, y por que los sistemas de aire acondicionado que se utilizan para aclimatar esas estancias nos hacen gastar mucho dinero, además de emitir una enorme cantidad de CO₂. Más que

una adaptación que nos permitirá salvarnos, parece más bien un desafío peligroso e injusto a la naturaleza que está cambiando.

A este respecto, si seguimos prohibiendo los organismos modificados genéticamente, será muy difícil seleccionar y desarrollar esas especies vegetales mucho más resistentes al calor y capaces de crecer con tan poca agua que nos darán cosechas satisfactorias incluso en las condiciones climáticas venideras.

Para salvarnos, debemos sopesar el bienestar y las condiciones de vida que tenemos hoy frente a las que nos gustaría tener mañana. Porque —dejémoslo claro— no convenceremos a nadie de que retroceda, de que renuncie al nivel de prosperidad que ha alcanzado hasta ahora o de que pague precios incalculables por los mismos beneficios o incluso por menos.

Son muchas las encuestas en las que las cuestiones climáticas y los temas medioambientales encabezan las preocupaciones de los italianos, pero si les pedimos a los ciudadanos que renuncien al coche, a la calefacción, a Internet y a los viajes en avión, lo rechazarán rotundamente. Y la respuesta será la misma si les pedimos que paguen precios significativamente más altos por estas mismas comodidades.

Sin embargo, podríamos tener más éxito planificando un proceso a largo plazo que nos permita seguir aumentando de manera constante el bienestar durante muchos años sin sobrecargar a los ciudadanos.

El desarrollo sostenible conlleva decisiones complejas porque requiere evaluar qué costes son aceptables hoy en función de los beneficios para las generaciones futuras, y pone en juego, además de la naturaleza, la compatibilidad económica y social de las decisiones que se deben tomar. También porque, si hay un enemigo del medioambiente, ese es sin duda el declive económico, el subdesarrollo y la pobreza. La idea totalmente equivocada que se está extendiendo es que la contaminación del mundo está causada por los países ricos y desarrollados que, con sus industrias y su agricultura intensiva, envenenan al mundo. Los países pobres serían las víctimas impotentes de este sistema injusto de explotación y

desigualdad. El hombre corriente, el hombre de a pie (sobre todo si es progresista e impregnado de ideología más que de conocimiento) bebe estas tonterías como si procedieran de la fuente de la verdad. En realidad, sin embargo, son la pobreza y el subdesarrollo los que producen más contaminación. Según un estudio de la Universidad estadounidense de Notre Dame, teniendo en cuenta la presencia y la propagación de la contaminación tóxica⁷ en los suelos, el agua y la atmósfera, los países más pobres son, con diferencia, los más contaminados⁸. En un estudio exhaustivo y detallado sobre la contaminación atmosférica realizado en 2018 por la Organización Mundial de la Salud (OMS)⁹ y no por grupos de industriales, capitalistas o masones, el fenómeno queda ilustrado de manera muy clara: el 90% de las muertes relacionadas con la contaminación atmosférica se produce en países pobres y en vías de desarrollo, especialmente en África y Asia. El documento revela que tres mil millones de personas pobres se calientan, cocinan y cubren las necesidades básicas para su supervivencia quemando combustibles altamente contaminantes, especialmente dentro de sus hogares. Pero esto no me sorprende: cuando estuve en Kabul, para calentarse durante los gélidos inviernos, típicos de la altitud a la que se encuentra la ciudad, muchos habitantes quemaban trozos de plástico y neumáticos de camiones o coches. También en Afganistán, en la llanura de Bakwa —que se tiñe de violeta en abril debido al cultivo extensivo de adormideras— se quema estiércol animal dentro de las chozas de barro con sus típicos tejados abovedados. El documento de la OMS es cristalino, y atribuye casi todas las muertes por contaminación a esos comportamientos. Además, esa misma investigación revela que, por el contrario, la contaminación atmosférica en los países indus-

7 Todo tipo de contaminación excepto el CO₂ se considera no tóxica.

8 *Contaminación, el mapa de los países con mayor riesgo* - Wired | Wired Italia.

9 *Nueve de cada diez personas en todo el mundo respiran aire contaminado, pero ahora más países están tomando medidas* (who.int).

trializados es mínima y disminuye gradualmente¹⁰. La reducción del esmog empezó hace décadas, y no desde que los alcaldes ilustrados, inclusivos y progresistas inventaron los límites de treinta por hora, los patinetes eléctricos y las zonas de bajas emisiones.

El informe de la Agencia Europea de Medio Ambiente, tanto en su versión de 2016¹¹ como en la actual¹², confirma que la contaminación atmosférica en Europa ha disminuido drásticamente desde 1990. Según la clase de contaminantes, se registran reducciones del 17% para las emisiones de derivados del amoníaco y del 82% para los óxidos de azufre. Respirábamos mucho peor de niños en las ciudades de los años setenta y ochenta que nuestros hijos o nietos en la actualidad. La verdad es que no habría sido necesario molestar a la Agencia Europea de Medio Ambiente para constatar esta nimiedad, porque cualquiera con unas cuantas canas puede atestiguar que Milán ya no es la ciudad del esmog que aparecía en las ilustraciones de Dino Buzzati o en las descripciones de los reporteros en pleno *boom* económico. Incluso los últimos datos coinciden: Eurostat ilustra un descenso de las emisiones de dióxido de carbono por el uso de energía en la UE del 2,8% con respecto a 2021, un descenso similar al de Italia.

También esto es una realidad que se ve transformada diariamente en historias que retratan de manera alarmista una situación de contaminación atmosférica que no deja de agravarse. Pero los fundamentalistas del medioambiente, encabezados por el exministro Alfonso Pecoraro Scanio, afirman que el aire siempre está demasiado contaminado en nuestras ciudades y que es responsable de noventa mil muertes prematuras solo en Italia.

10 « En general, los niveles de contaminación del aire ambiente son más bajos en los países de altos ingresos, particularmente en Europa, América y el Pacífico Occidental».

11 *Emisiones de los principales contaminantes atmosféricos en Europa*, Agencia Europea de Medio Ambiente (europa.eu).

12 *Emisiones de los principales contaminantes atmosféricos en Europa* (europa.eu).

De nuevo, esta también es una interpretación parcial de los datos que conduce a una comprensión distorsionada de lo que es la realidad. De hecho, según las estadísticas, la esperanza de vida en los últimos cincuenta años no ha hecho más que aumentar en Italia, pasando de los setenta años en 1960 a los ochenta y tres en 2019¹³, y sugieren que, aunque la contaminación siga siendo la causa de patologías mortales, las actividades relacionadas, el bienestar y la riqueza que se crean (incluso contaminando) nos llevan, en general, a vivir más y mejor. La investigación, la innovación tecnológica, la asistencia sanitaria, los hospitales, la educación y las instalaciones que permiten mejores condiciones de vida se financian con dinero procedente de actividades *contaminantes*, pero el balance global es sin duda positivo.

Son muchos los factores que influyen en la longevidad, y una clasificación reciente sitúa a Suiza, Italia, Japón, Islandia y España a la cabeza de la lista de los Estados con los ciudadanos más sanos y longevos, lo que pone de relieve, una vez más, que el parámetro que une a todas estas naciones es su riqueza. ¡En los países pobres, por muy poco contaminados que estén, la gente muere joven! En Papúa Nueva Guinea, uno de los lugares más vírgenes del planeta, la esperanza de vida al nacer es de sesenta y siete años, muy inferior a la que había en Italia en los albores del *boom* económico.

Por otra parte, ya durante mi reciente viaje a Luxemburgo me di cuenta de que todos los medios de transporte, incluidos los trenes, son gratuitos en el territorio del Ducado. Esta iniciativa ciertamente desincentiva el uso del automóvil, reduciendo así la contaminación general producida en ese pequeño país, que se convierte en símbolo y modelo de cultura ecológica. Pero

13 <https://statisticsanddata.org/it/data/aspettativa-vita-italia/>

Luxemburgo puede permitirse esta política de transporte porque es el país con mayor PIB per cápita más alto del Viejo Continente¹⁴.

¡Pero no hay respeto por el ecosistema sin riqueza y bienestar! Greta es sueca, no afgana ni de Puerto Príncipe. Procede de uno de los países del mundo con mayor PIB per cápita. En todos los viajes que he realizado por los países menos avanzados de Europa no he visto ninguno que haya desarrollado una conciencia con el medioambiente. En todos los lugares que he visitado de África, siempre he visto quemar basura. El reciclaje de residuos y su recogida selectiva, los coches ecológicos, las casas con cero emisiones, el alcantarillado con tratamiento de aguas residuales y la atención al uso de detergentes y tensioactivos solo existen en los países ultrarricos. La lucha por la supervivencia y por asegurar las necesidades básicas no deja espacio para la protección del ecosistema. Quienes luchan por vivir en el presente no se preocupan por las generaciones futuras, sino que llegan a fin de mes confiando en el destino, en Dios y en la suerte. Somos mil millones de afortunados acomodados frente a siete mil millones que luchan por sobrevivir. La ecología es hija de la opulencia, al igual que el animalismo y la comida vegana. No podemos destruir lo que tenemos hoy y lo que nos permite vivir bien sumergiéndonos de nuevo en un estado de supervivencia en nombre de una catástrofe anunciada. Además, las nuevas energías, las transformaciones y los cambios cuestan dinero —y mucho—, y si nos autoimpone- mos el declive económico para perseguir objetivos ideológicos, no tendremos los recursos necesarios para financiarlos.

La petición que pide el cese inmediato de las nuevas instalaciones de extracción de derivados fósiles, firmada el pasado mes de enero por casi un millón de *gretinos* y presentada en el Foro Económico Mundial de Davos, es una verdadera condena al sui-

14 https://www.rgs.mef.gov.it/VERSIONEI/e_government/amministrazioni_pubbliche/igrue/PilloleInformativa/economia_e_finanza/index.html?Prov=PILLOLE

cidio económico e industrial. Renunciar hoy a los combustibles fósiles, sin un sistema energético alternativo adecuado e igualmente eficiente, no es una solución, sino una locura. Con las energías renovables, que representan alrededor del 15% de la energía total producida en el mundo, no podemos pensar en revertir la tendencia en unos años. Si quisiéramos acortar el tiempo de transición energética, probablemente tendríamos que aumentar hoy las emisiones de dióxido de carbono para alcanzar de manera más rápida ese punto crítico, ese *tipping point* que nos permitiría, una vez superado, avanzar por inercia. Debemos producir millones de paneles solares, turbinas eólicas, baterías; necesitamos extraer metales raros, transportarlos y distribuirlos; necesitamos adaptar las redes eléctricas y las infraestructuras. ¿Cómo podemos hacer todo esto sin combustibles fósiles, teniendo en cuenta que solo el 15% de la energía que se produce hoy en día es verde? Por eso, en China, junto a una notable aceleración del desarrollo de las energías renovables, se observa un aumento igualmente notable de las centrales eléctricas de carbón, porque, sin la energía y los recursos que hoy solo pueden proporcionarnos las llamadas fuentes contaminantes, nunca podremos generar el sistema que nos permita producir energía de forma respetuosa con el medioambiente en el futuro.

Para representar nuestra situación de forma gráfica y sencilla, es como si estuviéramos en un vehículo cuesta arriba que se dirige hacia la cima de una pendiente, tras la cual nos espera un largo descenso que nos permite avanzar con el motor apagado. Para alcanzar la ansiada cima —que representa el momento en que las energías renovables podrán sustituir a los combustibles fósiles—, no puedo apagar el motor ahora para reducir la contaminación, de lo contrario, acabaría retrocediendo y nunca la alcanzaría. Si mantengo una velocidad constante, llegaré a la cima en un tiempo determinado y con un índice de contaminación específico. Si quiero acortar el tiempo, como dicta toda la plétora ecologista, tengo que pisar a fondo el acelerador, abrir de par en par las válvulas de escape y producir más contaminación ahora para lle-